

**Serge Gruzinski, *Les Quatre parties du monde. Histoire d'une mondialisation*. Paris, Editions de La Martinière, 2004. 480 pp.**

*Marie-Cécile Bénassy-Berling*

Université de Paris III- Sorbonne Nouvelle

¿Cuántos franceses saben que, durante más de dos siglos, México gobernó a Filipinas? ¿Y cuántos mexicanos cultos, admiradores por ejemplo de Sor Juana Inés de la Cruz, consideran el amplio y duradero peso político del virreinato como un fundamento importante de su orgullo nacional? Este libro que pronto habrá de publicarse en traducción española, viene a punto para ampliar las perspectivas de ambas categorías de lectores.

El tema central es sencillo pero muy ambicioso: comparar con la mundialización cultural de nuestros días (cuyo ejemplo más ilustrativo es el cine norteamericano) con la que logró realizar la “Monarquía católica” en tiempos de los Felipes reyes de España y de Portugal, a pesar de que los soberanos no consiguieron unir realmente a los españoles y a los portugueses, ni tampoco dominar el mundo. Gruzinski sabe que no es el primero en adoptar una perspectiva mundial sobre la historia moderna: sus antecesores más evidentes (y proclamados) son Pierre Chaunu con su libro *Conquêtes et exploitations des Nouveaux Mondes* (Paris, 1969) libro dedicado al “désenclavement” y Fernand Braudel con sus tres tomos de *Civilisation matérielle, Economie et Capitalisme* (Paris, 1979). Precisamente el mismo Braudel pensaba no ser más que un pionero frente al mundo asiático: “Estamos en vísperas de una fuerte renovación de la problemática [une grande remise en question]” (t. 3, p. 428). Entre autores más recientes imprescindibles, cita a Don Silvio

Zavala, a Lothar Knauth especialista del Japón, al indio Sanjay Subrahmanyam, al brasileño Buarque de Holanda, etcétera.

Las fechas clave son 1567, el primer retorno de un barco de Filipinas a Acapulco (principio de la circunnavegación mundial regular), 1580, la unión de las coronas ibéricas, y 1640, la recuperación de la Independencia por parte de los portugueses; pero, por la naturaleza misma del tema, no pueden ser fechas tope: los fenómenos se desarrollan mucho antes y mucho después.

Aunque entonces Australia no se conocía bastante para que se bautizara una quinta parte del Mundo, el tema es vastísimo, y Gruzinski es un hombre orquesta de excepcional erudición, europea, americana (hablamos de las Américas), asiática y también africana. Lo ha manifestado en varios libros suyos traducidos al español. Y hablaba ya de “primera mundialización” en 1999, en su prefacio a *L’Empire portugais d’Asie* de Subrahmanyam. Los aspectos considerados aquí son muy numerosos: político, antropológico, etno-histórico, filosófico, teológico, literario, filológico, científico, artístico, etc. El único hueco deplorable es la ausencia de la música cuyo papel fue tan fundamental en la “occidentalización”. Encontramos sólo una corta alusión (pp. 127-128). La iconografía es magnífica, y muchas veces casi desconocida. La economía no puede estar ausente. Es decir que el libro merece los comentarios de varios especialistas. Estas páginas pretenden ser una lectura entre otras.

Gruzinski es bastante severo no sólo frente al etnocentrismo europeo, sino frente a cierta “World History” que se practica en los Estados Unidos. Desde luego, critica la ilusoria “retórica de la alteridad” de muchos historiadores. Ya en *La Colonisation de l’imaginaire* (Paris, 1988, p. 369), decía que lo suyo era una “antropología de lo provisional, de la mezcla y la yuxtaposición”. Aquí prosigue en la misma línea. La originalidad de la composición del libro corre pareja con este tipo de investigación.

El prólogo es voluntariamente sorprendente: evoca una multitudinaria peregrinación a la famosa Virgen de Belém, en el Brasil, suscitada por el histórico 11 de septiembre de 2001. El lector ya empieza a percibir vínculos entre realidades culturales muy

lejanas entre sí, en este caso una devoción de cuño muy anticuado y la tragedia “inicial” del nuevo milenio. Luego, en la parte llamada “La mundialización ibérica”, se presenta un personaje emblemático, el cronista indio mexicano Chimalpahin (cuya *Tercera relación* ha sido publicada, traducida al francés, por Jacqueline de Durand-Forest en 1987). Aquí aparece como cronista en su *Diario* escrito en náhuatl de la actualidad local e internacional. Ahora bien, menciona el asesinato del rey francés Enrique IV en 1610, y también describe el paso por México de unos embajadores japoneses camino a Madrid y Roma en 1614. Sigue la pregunta ¿puede ser moderno un indio del siglo XVII? México capital va a ocupar una situación privilegiada en el libro entero, como prueba de que una ciudad vista como periférica puede desempeñar un papel internacional esencial. Los capítulos siguientes muestran cómo se instala el alfabeto latino con la imprenta especialmente en México, en Goa, en el Japón; cómo viajan en todos los sentidos las personas, los objetos, las reliquias de santos, las obras de arte, las plantas y su uso (con el papel excepcional del converso portugués Garcia da Orta), las noticias (incluso, en el Japón, lo que pasa afuera), y, *last but not least*, los libros. Esopo se traduce al náhuatl y al japonés. La literatura italiana está presente ya en Filipinas en 1583. Pintorescas son las andanzas de una imagen de la Virgen de la Antigua, de Sevilla. La conclusión es que Chimalpahin y otros más son modernos, pero de una manera específica a través de “estrategias de dominación, de adaptación, de resistencia” (p. 76). La dinámica hispánica crea algo nuevo.

Los primeros dos capítulos de la segunda parte, “La cadena de los mundos”, se dedican enteramente a la ciudad de México, bajo el patrocinio de los versos de Bernardo de Balbuena, cuya *Grandeza mexicana* ve en México el centro del Mundo. Minuciosamente se describen los talentos de los artesanos indios para apoderarse de las técnicas europeas, y los cambios sucesivos en las condiciones de trabajo. Se evoca el desarrollo del mestizaje, incluso en el lenguaje y las variadas inmigraciones, las de filipinos, malayos, chinos o japoneses venidos por Acapulco. Se nombran los “inmigrantes” más notables: el sevillano Mateo Alemán, el matemático Heinrich

Martin, el pintor flamenco Simón Pereins. Se describe la nueva sociedad que se está formando. Se ensalza la importancia política del tûmulo levantado para las exequias del Emperador Carlos. Se comentan los motines, especialmente el de 1624 en que la clase dominante se divide en dos partidos opuestos. Se hace la reseña de las lecturas. Se recuerdan la difícil historia de la dominación de Filipinas y las ilusiones que se tenían entonces acerca de la penetración y cristianización del continente asiático. Se acaba con los cronistas indios y mestizos y lo que dicen de sus orígenes e identidad. El último capítulo trata del mestizaje espiritual, con figuras como María, mulata bruja de Évora, expulsada sucesivamente de varios continentes y a veces encarcelada.

La tercera parte, "Las cosas del mundo", se dedica al conocimiento de esos mundos lejanos, a las múltiples categorías de "expertos" que escribieron sobre América, Asia y África al servicio del rey y/o de la Iglesia. Es difícil hacer un resumen y, de todos modos, muchos nombres son ya conocidos. Lo impresionante es la confrontación entre los continentes: México con Goa, Francisco Hernández con el converso Garcia da Orta, también los cronistas mestizos novohispanos con el lusoafriano Andrés Álvarez de Almada. Descubrimos personajes como el jesuita Luis Frois cronista del Japón, Diogo do Couto, cronista de la India. Aprendemos que el explorador Fernández de Quirós publicó con gran éxito el relato de sus andanzas. Luego se trata de la difusión del pensamiento europeo en las Indias. A menudo persisten las categorías clásicas: es el caso de Dorantes de Carranza para describir la India. Pero a veces se cuestionan. El capítulo 11 es central en la "tesis" de Gruzinski; es la evocación de las "Primeras élites mundializadas". El franciscano Martín Ignacio de Loyola da la vuelta al mundo dos veces y también trabaja "al servicio de los intereses planetarios de la Monarquía" española y portuguesa (p. 256). El criollo mexicano Rodrigo de Viveros vive un año en el Japón gracias a un naufragio, viaja casi tanto como el anterior y viene a ser una suerte de "arbitrista" internacional. Salvador de Sa y Benavides, hispanoportugués, viaja entre Río de la Plata, Potosí, Brasil y Angola; Bernardo de Balbuena y Camoens son poetas de varios continentes.

Hace tiempo que el mexicano Jorge Alberto Manrique subrayó la voluntad de los pintores de la clase superior de México de ser más europeos que los mismos europeos. Por otra parte, ya se ha escrito mucho sobre el papel negativo de la admiración europea por lo exótico, actitud que cierra las puertas del entendimiento en vez de abrirlas. Es decir que la última parte del libro titulada "La esfera de cristal" hubiera podido suponerse poco original, lo que no es el caso porque se aducen ejemplos nuevos. El libro menciona, claro, la estrecha vigilancia sobre los pintores. Pero es obra de la exigencia del cliente, más que de la censura si se ven papagayos en Amberes y no en México. Existe una separación total entre el arte destinado a la clase dominante y un arte mestizo popular, conventual, provincial, cuyo fomento se ve como instrumento de dominación (p. 308). Paralelamente, en Europa, la admiración por las grandes civilizaciones lejanas y por los objetos exóticos no modifica el universo mental, las categorías según las cuales se contemplan (véase especialmente la p. 349). Hay "globalización": ortodoxia, aristotelismo etc., al lado de la "occidentalización" que admite una mezcla constante de materias, estilos, personas, incluso mitologías. El Cristo de plumas de Tepotzotlán no podía no estar en el libro, tampoco la Misa de San Gregorio, de plumas también, conservada en el museo de Auch, en Francia. También un arzobispo lucía en Milán una mitra de plumas mexicanas, y materiales exóticos se trabajaban o recibían nueva destinación y ornamentos en Lisboa y otras ciudades europeas. El último capítulo considera los límites de la mundialización, especialmente las intuiciones extraordinarias, pero también los límites y los fracasos de la *accommodatio* jesuítica en Asia: Nobili, Frois, Ricci.

Nunca pueden faltar las críticas. Ya aludimos a la ausencia de la música. E inevitablemente un lector lamenta a veces en una bibliografía la ausencia de ciertos nombres y temas. Pensamos en Georges Baudot o Joseph Perez; también en Marcel Bataillon. Hace medio siglo, este último decía que el arzobispo Zumárraga soñaba con hacer del clero de México un modelo para toda la cristiandad. ¡Él no veía su recién fundada sede como un lugar periférico! Y los franciscanos de México, estudiados por Baudot, más o menos in-

fluidos por el italiano Joaquín de Fiore pensaban dar con sus indios un nuevo centro espiritual al cristianismo. También en vez de “rincones olvidados”, encontramos a veces unos temas trillados, no el culto a la Virgen de Guadalupe, por cierto, sino consideraciones sobre ciertos jesuitas. Unos como Luis Frois realmente merecían ser más conocidos, pero decir que José de Acosta reunía “nomadismo, actividades transoceánicas y preocupaciones planetarias” (p. 278), no es ninguna novedad, puede aplicarse a muchos más. Es la vocación de la Orden.

Llegamos a ciertas dudas. Hay casos en que los hechos que se presentan no son pruebas tan fehacientes como aparentan. Demos unos pequeños ejemplos. Parece que Gruzinski deja suponer cierta relación cultural con la cultura francesa. La presencia de los piratas de esta nación entonces es innegable pero no había de ser una relación muy fructífera; la lectura muy difundida de San Francisco de Sales (además no mencionada en el libro) es poco significativa, ya que su nombre sonaba muy español. ¿Qué otro autor francés leían en el siglo XVII en México? Quizá a veces algo de Descartes en latín, pero, viendo “Cartesio”, tal vez no se enteraban. Un artista mencionado en México, Jean Ortiz, tiene apellido español. Hay también un impresor; la lista es corta. La mención por Chimalpahin de la muerte de Enrique IV es muy notable, pero, a fin de cuentas, Francia llama la atención como enemiga de España. En otro lugar se ensalza la publicación en Turquía de textos de Francisco López de Gómara. Pero está prohibida la imprenta en Turquía hasta 1720. Esta publicación es tardía, el texto llega muy censurado, anónimo y mezclado con otros muchos. Eso limita el alcance de esta “presencia” del mundo americano. Lo hispánico interesa como amenaza. Con mucho talento, nos describe Gruzinski las andanzas y opiniones de unos pocos viajeros de mentalidad mundializada. Hay que tener en cuenta también el verdadero bloqueo, la cerrazón, el desprecio de tantos peninsulares que se niegan a “mundializarse”. Las Indias sirven sobre todo para dar metales preciosos. Si Bernardo de Balbuena publica su *Grandeza mexicana* en México en 1604, antes de salir para España, nunca consigue repetirla en la Península, mientras que sí lo logra en sus obras de tema europeo.

Afirma Gruzinsky que en la época considerada se puede abrazar al mundo tan bien desde Goa o desde Potosí como desde Sevilla o Amberes (p. 128). Esto es mucho más exacto de lo que suponen muchos todavía hoy. ¿Es tan exacto como dice nuestro autor? Dejamos la pregunta abierta. A fin de cuentas tenemos aquí a la vez un libro importante para los estudiosos y la apasionante evocación de todo un “tejido [maillage] artístico” alrededor del Mundo. En Francia su difusión traspasa la frontera del mundo universitario. Que cada lector culto francés, mexicano o de otra nación forme su propia opinión.